

América Latina

Socialismos y política (notas para una revisión)

Juan Carlos Portantiero

Juan B. Justo implica el nivel más profundo de la articulación entre la II Internacional y América Latina. No sólo por los éxitos en la organización de un poderoso partido, que en muchos aspectos puede ser comparado, por la variedad de su implantación en la sociedad, con similares de Europa, sino también por su intento de pensar teóricamente un programa socialista para una realidad como la argentina y eventualmente para otras que compartieran con ella el carácter de colonias de población en zonas vacías, constituidas en el curso de una generación a partir de ingentes flujos inmigratorios. En este sentido, la originalidad de Justo va mucho más allá que las triviales acusaciones que se suelen lanzar sobre su "europeísmo".

Justo exacerba el ideal progresista-evolucionista que tenían los organizadores "laicos" de la República conservadora. En este espacio de modernización coloca su pensamiento y también el eje de su actividad, verdaderamente reformista y no transformista, consistente en la conquista de la "ciudadanía" para los trabajadores, incluyendo a los extranjeros. Su objetivo: la organización de las masas y su participación en la construcción de un mercado político competitivo que pudiera realizar la democracia política como condición para la democracia económica.

En el camino hacia esa reforma del Estado sólo parcialmente realizada (porque la ley electoral de 1912 no incluyó a los extranjeros, lo que significaba a la mayoría de los trabajadores), Justo y la brillante élite que forma a su derredor se encuentran con la traba opuesta por esa construcción estatal de la sociedad que se señaló como "singularidad" latinoamericana aún para aquellos países más adelantados como era, relativamente, la Argentina. Esto es, con la inexistencia de un verdadero pensamiento antiestatal en las grandes masas, condición irremplazable para una propuesta que se basaba en la posibilidad de reformas generadas por una movilización "desde abajo".

Justo buscaría sortear esta encrucijada de "atraso político" a través de una tarea pedagógica tendiente a desbaratar el mito popular sobre el Estado como constituyente y reemplazarlo por la

"razón" de una sociedad que se autoconstituye. Frente a la tradición del "caudillismo", Justo proponía (en la medida en que identificaba a éste con los anacronismos de la "política criolla") el camino de la organización de los "ciudadanos". En el fondo soñaba con una reformulación de la democracia, ligada con el desarrollo moderno del capitalismo, de la que surgieran como soportes, en el interior de un sistema político competitivo, dos grandes partidos "de clase": el socialista y un partido burgués moderno originado en la renovación del viejo conservadurismo oligárquico. Anarquistas y radicales le parecían expresar formas caducas del pasado y eran definidos, en cada uno de los campos políticos en que recortaba los espacios de acción de las clases, como enemigos principales de la modernización de los hábitos cívicos.

Realidad e iluminismos

El socialismo de Justo buscó constituirse (y en eso fue, legítimamente, un producto de la II Internacional) como una contra-sociedad basada en una subcultura, en la cual la clase obrera no era vista sólo como productora, sino como consumidora, y en esta condición

radicaba su posibilidad de articulación con otros grupos subalternos. El mundo pretendidamente antihegemónico del "justismo" era un mundo de cooperativas, de bibliotecas, de periódicos, de organizaciones escolares que debían contener todas las posibilidades liberadoras de una sociedad "laica" frente al Estado. En este campo su obra fue formidable y nadie podría explicar lo esencial de la democratización de base que todavía existe en la sociedad argentina (pese a todas las vicisitudes negativas de su vida política) sin ese impulso societal. Pero esa manera de entender la relación entre política y masas no pudo —salvo en el marco urbano y durante un período— articular una capacidad realmente hegemónica. El justismo no fue capaz de superar el desencuentro entre un plano de lucha cotidiana por reformas y otro en el que el socialismo aparecía como una imagen teleológica. Trabado como estaba por una concepción iluminista del socialismo (que por cierto compartían también los marxistas que desde "la revolución" criticaban su reformismo), jamás pudo construir un lenguaje capaz de asimilar al mundo de las heterogéneas clases subalternas argentinas, inmersas en un convulsivo proceso de

Juan Carlos Portantiero, argentino, sociólogo, profesor investigador en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede México. El texto es la segunda parte, con que concluye la ponencia con el mismo título presentada al seminario realizado por el grupo de FLACSO en Santiago de Chile, marzo de 1982, cuya publicación se inició en CONVERGENCIA núms. 7-8.

estratificación social y cultural marcado por el veloz crecimiento de la sociedad y por la inestabilidad de los valores culturales de masa, provocado por la difusión de patrones europeos sobre un terreno recién (y sólo parcialmente) despegado del siglo XIX hispano-criollo. Será el radicalismo a través de la personalización en un caudillo, quien recuperará esa herencia fragmentaria y confusa de modernización y arcaísmo y producirá el primer gran episodio de nacionalización de masas en Argentina.

Corporativismo de clase

Si la característica del socialismo argentino sería su enclaustramiento en una realidad urbana de alta movilidad social a la que se visualizaba como prefiguración inmediata del nuevo país, la izquierda chilena, marcada desde sus orígenes por Recabarren, expresará con nitidez otra característica: la del corporativismo de clase como componente esencial de la presencia autónoma del socialismo. Dicho "obrerismo", cuyos orígenes estructurales podrían ser explicados por la particular conformación histórica de la clase obrera chilena como "masa aislada" traerá como resultado, sin embargo, la constitución de la más poderosa relación entre trabajadores y cultura socialista que haya conocido el continente. Esa percepción de autonomía con que se constituye políticamente la clase obrera chilena se transformará en una barrera contra la penetración del populismo e impulsará la presencia independiente de los trabajadores en cada uno de los variados intentos frentistas que, desde 1938 hasta la elección de Allende, han procurado crear nuevos equilibrios políticos en el Estado. Pero en cada caso —y de manera más dramática entre 1970 y 1973— la dificultad ha estado siempre colocada en la práctica de una errónea concepción de la hegemonía. Los partidos de la izquierda chilena jamás pudieron estructurarse como partidos "populares": derivaban "lo

popular" de la sumatoria frentista, entendida como un agregado (como una "alianza de clases") en la cual éstas eran consideradas como sujetos ya dados y los partidos políticos como un reflejo de ellos.

Por cierto que esta caracterización de la hegemonía hecha por las izquierdas chilenas no le fue privativa: sólo resultó más evidente allí porque en Chile, a diferencia de los otros países de América Latina, su experiencia fue parcialmente exitosa.

Ausencia rural

Curiosamente en una sociedad como la chilena, tempranamente marcada por la profundidad de la penetración estatal en la sociedad, los partidos de izquierda sucumbieron finalmente (incluso el socialista que pareció, al menos a través de algunas de sus alas y figuras tener más sensibilidad sobre la cuestión) ante una concepción "societalista" de la política para la que el Estado no era otra cosa que un campo pasivo en el que se reflejaban los intereses de grupos y categorías. El rechazo visceral a la posibilidad de que Allende transformara la coalición de partidos en un régimen de "cesarismo progresivo" es un ejemplo de ello: el Ejecutivo terminó enredado y prisionero de la lógica de los partidos y los movimientos sociales y jamás pudo hacer valer sus márgenes de productividad política. En todo caso, los temas del socialismo chileno y argentino fueron, pese a sus diferencias, propios de sociedades capitalistas relativamente desarrolladas. De manera clara se trató de problemáticas predominantemente urbanas; en un caso —el argentino— con el énfasis puesto en la percepción de los trabajadores como *consumidores-ciudadanos* y en el otro como *productores*, dentro de la matriz anarco-sindicalista de la que el fundador Recabarren fue notorio tributario.

Pero ambas realidades no abarcaron al mundo rural en toda su diversidad: no sólo como un espacio particular de

demandas, diferente del obrero y del urbano, sino como un mundo complejo de valores culturales que diferían de los de la modernización.

El proyecto de Mariátegui. . .

El gran mérito del marxismo de Mariátegui fue precisamente ese: intentar la elaboración de una perspectiva socialista para una sociedad primordialmente campesina e indígena. Sin denominarlo así, en la obra de Mariátegui aparece, por primera vez en el socialismo latinoamericano, un proyecto de hegemonía nacional-popular. Por cierto que la discusión planteada por Mariátegui no puede ser disociada de los acuerdos y confrontaciones —definidos por ambos como una operación intelectual a realizar en el interior del marxismo— con el Haya de la Torre de la década del 20, en el marco de una común preocupación por desligarse de esquemas impuestos desde el exterior, y por elaborar una perspectiva latinoamericana del socialismo.

Los planteos de Mariátegui quedaron a mitad de camino: por su prematura muerte y por el bloqueo que a los mismos hiciera la III Internacional. Como es sabido, hacia finales de la década del 20 se vio doblemente presionado por su propia necesidad de diferenciarse de aspectos del pensamiento de Haya y por la actitud de rechazo explícito que a sus posiciones efectuarán los partidos comunistas, embarcados por entonces en la línea de "bolchevización" organizativa y de enfrentamiento "clase contra clase". Durante la década del 30 el "mariateguismo" (como por otra parte le ocurrió también al "prestismo" y al "recabarrenismo") fue excomulgado por la III Internacional. Es que Mariátegui colocaba temáticas y problemas para la producción del socialismo en América Latina que se escapaban de los rígidos esquemas iluministas y positivistas con los que la *intelligentsia* radicalizada del continente había visto su relación con la política y el poder.

DEFINICION DE PROPOSITOS

"Como no se trata de un levantamiento de carácter local, sino de transformar totalmente la estructura económica y social de la República, nuestra respuesta no puede ser más que una: luchar *hasta la muerte* por la conquista de la libertad económica y política de todo el pueblo de Chile."

Palabras de Grove ante el general Carlos Sáez, citadas por éste en *Recuerdos de un soldado*; Ercilla, Santiago de Chile, 1934.



... punto de partida

Son conocidas las fuentes en las que abrevó el socialismo de Mariátegui y la decisiva influencia que sobre él ejercieron autores como Sorel y Croce para depurar de determinismo a su lectura del marxismo. El antideterminismo, es decir, la convicción sobre la opacidad de las relaciones entre economía y política, le permitía introducir con naturalidad problemáticas complejas referidas a la constitución de un actor político, como las de raza, nación y cultura a través de las cuales su socialismo podía ser entendido como una creación verdaderamente fundada sobre un diálogo entre América y Europa, entre "vanguardismo" político-intelectual y espíritu de las masas. En la reivindicación de la voluntad y del papel del mito en la historia, Mariátegui cruzaba las figuras de Lenin y de Sorel en una mezcla que a la III Internacional le pareció herética. En los bellos ensayos que componen "La emoción de nuestro tiempo" escribió: "Lo que más neta y claramente diferencia en ésta época a la burguesía y al proleta-

riado es el mito [...] La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad."⁶ El socialismo como cultura de la crisis, debía superar al evolucionismo, al racionalismo, "al respeto supersticioso por la idea de progreso" que había compartido con el capitalismo. Sin usar las mismas palabras (aunque pudiera haberlo hecho por el fondo de Renan, Croce y Sorel que ellas poseen) el marxismo de Mariátegui evoca la preocupación gramsciana por la construcción de una "voluntad colectiva nacional-popular" y por una "reforma intelectual y moral" como premisas del socialismo.

Por eso, lo que podríamos llamar su "herencia" (bloqueada en el marxismo latinoamericano durante décadas y sólo ahora en trámite de ser rescatada) coloca un punto de partida significativo para una evaluación de la tradición socialista en América Latina, de sus potencialidades y límites que, superando el eje clásico que pretende dividir las aguas según una dicotomía abstracta entre "reforma" y "revolución", sea capaz de colocar los nudos explicativos

de sus éxitos y fracasos en torno a otros temas.

Planos problemáticos

En la medida en que el lugar central de la política como acción de grandes masas ("y no simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas"; la expresión es de Gramsci), está ocupado por la teoría y la práctica de la producción de hegemonía, como modo de constitución de un actor colectivo a partir de una organización consensualmente orientada de diversos roles sociales, es necesario pensar en otros planos problemáticos mucho más complejos que los presentados por la díada mencionada más arriba.

Por ejemplo, el problema de la relación entre intelectuales, clase y nación, entre cultura crítica moderna y sentido común de masas, como premisa para la construcción de un discurso nacional-popular enfrentado a un discurso nacional-estatal, radicado en la cotidianeidad en que los sujetos se reconocen, cotidianeidad compleja, obviamente, en la que el individuo no puede definirse excluyentemente por un solo rol social.

La hegemonía, como producción colectiva, supone no sólo una agregación política de fuerzas sociales (más bien esa concepción del "pueblo" como resultado de una sumatoria, de acuerdo con la política "frentista", es la negación de ella) sino la creación de un mundo cultural complejo y plural en el que "sentido común" y "conciencia crítica" deben ser capaces de subsumirse en los procesos de constitución de los actores colectivos. Lo que Mariátegui llamó "el valor perenne del mito en la formación de los grandes movimientos populares" aparece así como un tema de reflexión insoslayable cuando se intenta analizar las luces y las sombras en la generación de un socialismo latinoamericano.

Populismo y socialismos

En sociedades como las latinoamericanas, elitistas y articuladas alrededor del Estado, la forma en que se concibe la relación entre producción del poder en (y desde) la sociedad y producción

⁶ José Carlos Mariátegui: *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*; Colección Obras Completas, vol. 3, p. 22, Lima, 1979.

Año del bicentenario Simón Bolívar Guillermo Castro

del poder en (y desde) el Estado pasa a ser un problema decisivo de la acción política. Toda la elaboración "clásica" del socialismo latinoamericano (incluido Mariátegui) está —en acuerdo con sus fuentes— societalmente centrada: su enemigo es un Estado oligárquico, cerrado a la participación, de modo que la presencia en él de las masas sólo podría estar garantizada por una irrupción, violenta o molecular, de la sociedad. El movimiento de la política socialista es, excluyentemente, de abajo hacia arriba. Cuando los problemas derivados de la urbanización y la industrialización fracturaron a las clases dominantes y generaron la emergencia de grandes masas provocando nuevos equilibrios en el Estado, ésta concepción de los socialistas fue un *handicap* frente a los nacientes populismos o a la extensión democrática del viejo liberalismo oligárquico. En la medida en que el paternalismo es una de las constantes de la cultura política latinoamericana, la convocatoria lanzada por una coalición populista (es decir, formada por una élite superadora del viejo equilibrio y las masas recién movilizadas) se transformó en un desafío notable para los socialismos. En el sentido que se le quiere dar al concepto en estas notas, el populismo no constituye "un tipo de contradicción que sólo existe como momento abstracto de un discurso ideológico" (Laclau), sino que alude a una ideología y una práctica política a la manera del liberalismo o del socialismo⁷.

En este aspecto, los populismos aparecieron como un principio articulador explícitamente opuesto al de los socialismos, de modo que su relación con éstos ha sido y es, ideológica y políticamente, de ruptura y no de continuidad. Los populismos latinoamericanos, como forma de organización y como nuevo ordenamiento estatal (en los casos en que llegaron a constituirse como tales), colocaron la elaboración de una política de masas en un plano endógeno, recuperando así una memoria histórica colectiva capaz de fusionar, como mito, demandas de clase, demandas de nación y demandas de ciudadada-

⁷ Cfr. Ernesto Laclau: *Politics and ideology in marxist theory*, p. 176, NLB, London, 1977; Emilio de Ipola, *Ideología y discurso populista*, caps. 3 y 4, Folios ediciones, México, 1982; y Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero: "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes"; en *Nueva Sociedad*, núm. 54, Caracas.

1983 es el año del bicentenario de Bolívar. Por lo mismo, un año bueno para el diálogo en torno a su obra, sobre todo en lo que tiene de inconclusa. Hay tareas que cumplir en ello, de comprensión nueva, y de rescate. Bolívar es nuestro, de los oprimidos. Bolívar no es de los opresores. Bolívar es una figura profundamente revolucionaria, producto de pueblos en marcha y conductor de esa marcha de pueblos. Bolívar no es el santo inofensivo y bueno que se adora en los altares de las sociedades bolivarianas. Bolívar es un guerrero que vive en la batalla de los pueblos por las esperanzas que dejó incumplidas. Los pueblos han tornado esas esperanzas en certezas a huelga limpia, a bala limpia, a golpes de limpia solidaridad. Los pueblos son la carne de Bolívar. El sufrimiento de los pueblos es el alma de Bolívar. La lucha de los pueblos es la sangre del cuerpo enorme, inmenso, de Bolívar, y esa sangre es también el filo sin mella de su espada.

Hablar de Bolívar es, pues, hablar de nosotros: de lo que no hemos sido, por lo que no hemos hecho, y de lo que vamos a ser, cuando lo hagamos. Hablar de Bolívar, por lo mismo, es sobre todo preguntar. Hay que preguntar, porque hay que resolver en las condiciones de hoy los problemas que Bolívar resolvió en las condiciones de ayer, y hay que resolver también los que no resolvió. Bolívar encontró en su tiempo la respuesta al problema del papel de las masas como agentes fundamentales para la transformación de la historia. Con las masas, Bolívar creó un mundo nuevo. La historia que se nos enseña, sin embargo, no aclara el problema que más debe contar para noso-

tros: el de la organización de la vanguardia bolivariana.

Traduciéndolo a términos actuales, podría decirse que la vanguardia bolivariana fue el ejército libertador organizado en torno al estado mayor que lo condujo no sólo a la victoria en la destrucción del colonialismo español sino también, y sobre todo, a la construcción de los nacientes Estados nacionales libres. El estado mayor del ejército de Bolívar fue, a todas luces, el núcleo organizativo más importante en la constitución y desarrollo del movimiento de masas que condujo a nuestra primera independencia. Ese núcleo fue decisivo en la creación de la posibilidad misma de conducir a las masas desposeídas al combate bajo la dirección de la alianza entre los propietarios criollos y la pequeña burguesía revolucionaria de la época. Pero fue también el marco en que maduraron las contradicciones existentes en el seno del movimiento revolucionario, que condujeron a la solución oligárquica en que se expresa la raíz original de nuestros problemas de hoy.

Recuperar para el pueblo la grandeza de Bolívar es una tarea que depende en un grado enorme de nuestra capacidad de recuperar para el movimiento popular la experiencia política y organizativa representada por el ejército libertador como herramienta de construcción de un mundo nuevo. Este es un tema muy poco tratado en la bibliografía sobre el libertador. Hay que indagar sobre él, mantenerlo presente en todos los homenajes y debates a que dará lugar su bicentenario, porque estamos otra vez en lucha por concluir la obra de nuestra propia libertad. ❧

nía, en un único movimiento que recogía la herencia paternalista y caudillesca —estadocéntrica— de la concepción tradicional de la política. El éxito de los populismos (y por consiguiente el fracaso de los socialismos) fue la capacidad revelada para elaborar “desde arriba” “lo nacional popular” fusionando cultura de masas con política moderna.

Falsa salida amplia

A mediados de la década del 30 los partidos de la III Internacional intentaron superar los escollos que para su crecimiento y expansión hegemónica colocaban tanto el corporativismo de clase como el finalismo socialista. Abandonan el sectarismo catastrofista del enfrentamiento “clase contra clase” e intentan la salida “amplia” de los Frentes Populares, pero el resultado es una caída en una concepción tacticista e instrumentalista de la política que todavía no han perdido. Los temas de lo nacional, de lo popular y de lo democrático son incorporados pero de manera retórica y dúplice, en un momento, además, en que el discurso ideológico marxista se sacraliza universalmente en el estalinismo y su práctica política se somete a los vaivenes de la razón de Estado soviética.

La hegemonía es planteada como producto de una “alianza de clases” y en ese esquema formal de clases-partidos que “pactan” un compromiso político, son privilegiadas, en la medida en que el eje de agregación es el antifascismo, las clases medias liberales y las fracciones de la gran burguesía

aliadas con los imperialismos enfrentados al Eje. La historia es conocida: culmina en los años 40 en el llamado “browderismo” con las coaliciones y apoyos políticos más espúeos que reforzarán, en casi todas partes, el anterior alejamiento entre socialismo y masas⁸.

Desplazamiento geográfico

Por cierto, la historia de las relaciones entre socialismos y política no culmina en la década del 40. Más aún: es recién veinte años después cuando aparecerán los ejemplos más nítidos de correspondencia, sea por vía del jacobinismo insurreccional, sea por el camino de las elecciones. Una discusión sobre el tema no podría excluir, por lo tanto, el examen de la actual situación centroamericana, en tanto en ella parece concentrarse hoy la vitalidad (y junto con ella una cantidad de difíciles interrogantes) de la problemática del socialismo en América Latina. Parece evidente que en el continente esa problemática de la transformación ha sufrido un desplazamiento geográfico: si en sus orígenes y hasta mitad del siglo su lugar preferencial de implantación fueron las sociedades más grandes y complejas, desde los sesenta y mucho más claramente aún en esta década, luego de los feroces retrocesos antidemocráticos vividos en Sud América, el eje se ha corrido hacia América Central y el Caribe. Allí, elementos de la cultura política hispano criolla mezclados con rasgos democráticos y jacobinos han establecido una fusión instrumental con la versión leninista del marxismo, en

una relación más vinculada con lo genérico del “tercermundismo” que con la forma clásica con que el socialismo se planteó en el continente. La articulación se ha mostrado particularmente eficaz para países de escaso territorio, baja complejidad social y un sistema político corrupto y autocrático marcado por su dependencia hacia el extranjero. Si es lícito dudar, en términos de la visión clásica del socialismo, sobre cuál será el destino de esas experiencias a futuro, mucho más lo es, aún, el preguntarse si ellas pueden ser tomadas como modelo en términos de eficacia para otras sociedades.

Aquí cabría cerrar este ensayo con las palabras que lo inauguran: si una hegemonía no puede ser pensada fuera de la cultura que procura modificar, el problema de la colocación del socialismo como un proyecto nacional-popular deberá tener en América Latina tantos rasgos como espacios sociales en los que crezca. Mirar hacia atrás, hacia la historia (como lo hemos hecho) o mirar hacia otras experiencias contemporáneas, sólo puede tener un sentido ilustrativo sobre presencia de problemas concretos en situaciones concretas. Jamás, ni aún en el éxito, un valor paradójico. ☒

⁸ Esto no es, ciertamente, el caso chileno, en donde puede decirse que la ligazón entre socialismo y masas se mantiene. Como he señalado, allí el problema es otro: si bien la herencia ideológica “clasista” del PC y la inexistencia (salvo muy tardía y endeble: Ibáñez a principios de los 50) de una verdadera confrontación con el populismo, refuerza la identidad, no resuelve otra limitación: la concepción agregativa de la hegemonía.

NACE EL PARTIDO SOCIALISTA

El 19 de abril de 1933, bajo la presidencia de Eugenio Matte y Marmaduke Grove y como secretario general Oscar Schnake, “en presencia de más de trescientos congresales del pueblo de Chile, se redactaron la declaración de principios, el programa y se proclamó el nacimiento del nuevo Partido Socialista [. . .] La República Socialista de Chile, que viviera desde el 4 al 16 de junio de 1932, daba a luz su mejor fruto para la auténtica realización de los anhelos del proletariado de la patria chilena. Los sacrificios y destierros estaban compensados.”

Carlos Charlín: *Del avión rojo a la República Socialista*; Quimantú, Santiago de Chile, 1970.

EL CARACTER DEL PARTIDO

“En Chile la revolución sólo podía acometerse con la unión estrecha de los trabajadores manuales e intelectuales, del proletariado y la pequeña burguesía, en un poderoso Partido Socialista que, férreamente disciplinado, organizara políticamente esas fuerzas . . . La doctrina que debía informar a ese partido debía ser la marxista, aplicada dialécticamente a nuestra realidad, a fin de no caer en errores de dogmatismos extremistas o reformistas, igualmente estériles y absurdos . . .”

Oscar Schnake: *Política socialista*; Publicaciones del PS, Departamento de Cultura, Santiago de Chile, 1938.

PS de Chile: las líneas de sus manos

Belarmino Elgueta

El Partido Socialista ha cumplido cincuenta años de vida, tiempo suficiente para hacer un balance de su trayectoria, destinado a extraer las enseñanzas necesarias para las luchas actuales. Nacido al término de la crisis del sistema capitalista de comienzos de la década de los 30, se convirtió rápidamente en el más grande partido de masas de Chile, reuniendo en sus filas a una variada gama de trabajadores y una selecta generación de intelectuales comprometidos con el movimiento obrero.

En los últimos años se han escrito muchas mistificaciones sobre este partido, dirigidas a demostrar que no ha tenido solidez en sus principios y que su práctica política sólo ha respondido a inspiraciones reformistas. Liquidadores profesionales, infiltrados en su seno, han llegado a sostener que su vigencia actual sólo se justificaría como elemento accesorio de la revolución, encargado de catalizar las aspiraciones de la pequeña burguesía radicalizada, debiéndose someter en última instancia a la supuesta conducción proletaria del Partido Comunista.

La visión histórica de un partido oportunista no resiste, por cierto, un análisis riguroso. De sus cincuenta años, cinco fueron de persecución y clandestinidad, siete de colaboración ministerial, veinticinco de oposición al sistema, tres de gobierno popular y diez nuevamente de persecución y clandestinidad. Es el partido que ha influido más en la formación de una conciencia revolucionaria en la sociedad chilena, así como en la reconciliación de la democracia y el socialismo.

Para salir de dudas, veamos las líneas de sus manos.

En un desarrollo que, por cierto, no es uniforme, durante el período de Frente Popular perdió transitoriamente su impulso revolucionario, como resultado del pacto social concertado en los hechos entre el proletariado y la burguesía industrial emergente, de lo cual fueron responsables los partidos obreros. Esta alianza de clases antagónicas condujo al Partido Socialista, en su infancia (tenía sólo cinco años), al gobierno; donde aprendió que esta especie de coaliciones trae consigo derrotas a los trabajadores. El programa frente populista no fue otra cosa que el programa de la burguesía dependiente; de ahí las limitaciones de dicho proceso.

Su presencia en gobiernos de coalición de clases antagónicas facilitó, por una parte, las luchas de las masas urbanas por sus reivindicaciones inmediatas, pero deterioró por otra, su papel político revolucionario. Esta experiencia reformista le acarrió descrédito en el proletariado con mayor conciencia de clase, así como entre los campesinos, que fueron los grandes sacrifica-

dos, toda vez que se prohibió su sindicalización. Asimismo, durante dicha experiencia, se formó una pequeña "casta" de usufructuarios de la colaboración ministerial.

Este grupo, llamado por las bases partidarias las viudas del Frente Popular, presionará una y otra vez por permanecer y, o retornar a las tareas de gobierno, hasta que en 1946 se generó un caudaloso movimiento de recuperación del carácter revolucionario del partido, que triunfó en el XI Congreso General Ordinario de octubre de dicho año, eligiendo secretario general al entonces joven Raúl Ampuero y de cuyo comité central formé parte. Desde entonces se convirtió en oposición al sistema capitalista y sus gobiernos de turno.

Recuperado su impulso revolucionario, sustituyó la política "practicista" seguida en los siete años anteriores por una política de principios que, abandonando la colaboración ministerial, se planteó como objetivo central la conquista del poder. El principal mérito de la dirección encabezada por

Ampuero fue conducir, a un partido en descomposición, cuyos líderes habían permutado la fe en sus ideales por el "becerro de oro", a un largo ayuno en el desierto político que duró veinticinco años (poco menos que el de Moisés), con una breve interrupción de ocho meses producida en la fase populista de la segunda administración del presidente Ibáñez. En el curso de este ayuno, el partido recuperó la fe perdida y se enriqueció teóricamente, desarrollando un pensamiento revolucionario.

Dos caras de la derecha

La burguesía recuperó, a partir de 1958 la totalidad del poder político, en el marco de un sistema concebido en la Constitución de 1925 para una estabilidad basada en el equilibrio de clases, esto es, una burguesía homogénea, una clase trabajadora pujante y, entre ellas, un Estado proteccionista y represivo a la vez que distributivista y demoliberal. La expresión concreta de este orden

fue la consagración de las profundas desigualdades en los ingresos, el consumo, la cultura y la libertad entre las clases.

El sector oligarquizado de la burguesía, derrotado por el Frente Popular en 1938, consideró llegada la hora tan esperada del asalto definitivo del Estado, no a través de los militares, sino directamente por sus genuinos representantes. Así surgió la consigna silenciosa: ¡los empresarios al poder! Para alcanzar dicho objetivo, Alessandri fue mimetizado por medio de modernas técnicas de comunicación de masas, presentándose como "apolítico" en un país saturado por la demagogia, el hombre austero que tomaba a la soltería y la frugalidad en virtudes ciudadanas.

No obstante, detrás de Alessandri estaba el sector más tradicional y reaccionario de la burguesía, el viejo núcleo agroexportador, las grandes empresas capitalistas nacionales y transnacionales, así como los intereses del gobierno estadounidense. Era el más auténtico intérprete y personero de la burguesía interna y externa. Durante su gobierno contó con el apoyo de ésta y sus representaciones políticas, incluido el Partido Radical, lo que le aseguró una amplia mayoría parlamentaria para gobernar, aunque había vencido a Salvador Allende en las urnas apenas por 30 mil votos.

El fracaso de los "magos de las finanzas" condujo a Eduardo Frei a la Presidencia de la República con el apoyo de la derecha y el centro político, frustrando el segundo intento de la izquierda unida por conquistar el gobierno con Allende. El nuevo presidente trató de remontar la crisis, como en el período del Frente Popular, con otro pacto social, que descansaba esta vez en el sólido poder conquistado por la clase dominante sobre sectores marginales de las masas urbanas y rurales, que se procuró incorporar como fuerza de apoyo.

El gobierno demócratacristiano impulsó una política desarrollista en el marco de la democracia formal. Fue el último intento de conciliar ésta con el capitalismo dependiente mediante un reacondicionamiento de la dominación burguesa. Ningún rasgo de la llamada revolución en libertad coincidió con las aspiraciones de cambio social de los trabajadores; todo fue simple manipulación. Pronto la ilusión de participación popular se disipó por la política de

"mano dura", lo que demostró, una vez más, la imposibilidad estructural de modificar, en forma significativa, la distribución del ingreso, piedra de toque del conflicto interclases fundamental.

Oposición al sistema

Durante el período de la nueva frontera burguesa (1958-1970), el Partido Socialista se alzó como la más sólida e irreductible oposición al sistema dominante. Mientras otros partidos populares buscaban la conciliación con los gobiernos de turno, particularmente con el de Frei y aún con el de Alessandri, el PS mantuvo una lucha sin tregua. Fue el único partido de la izquierda que rechazó rotundamente la política freista y denunció su carácter reaccionario. Como lo hiciera después de la experiencia del Frente Popular con el Partido Radical, ahora se negó a colaborar con la democracia cristiana en una mascarada populista.

Esta oposición se manifestó tanto en el plano político como en el sindical, en el Congreso y en la calle, teniendo siempre como fundamento la defensa de los intereses de los trabajadores. En el curso de estos años, el movimiento popular experimentó un notorio ascenso a través de la activación de la lucha de clases.

Los sindicatos, alentados por la dirección socialista, impulsaron una etapa de preservación de sus conquistas sociales ante la política de contención de los salarios aplicada por ambos gobiernos, recurriendo a la huelga en numerosas oportunidades.

La lucha del movimiento popular fue incesante en el curso del gobierno de Alessandri, desafiándolo con dos huelgas generales en 1960 y en 1962, respectivamente, con un saldo doloroso de muertos y heridos. En esta etapa, los trabajadores no lograron avances significativos, pero tampoco dieron ningún paso atrás. Derrotados en las urnas en 1964 con la candidatura presidencial de Allende, iniciaron su flujo a partir de 1966 con una nueva serie de huelgas. En muchos de éstos movimientos se ocuparon industrias y predios, resistiendo la represión policial.

El ascenso de las masas alcanzó niveles desconocidos en el campo. En mayo de 1969 se realizó la primera huelga general campesina. La vida rural había experimentado un proceso de democra-

tización a raíz de la reforma electoral de 1958 y por la acción de los partidos populares, proceso que se intensificó con la aplicación de la ley de sindicalización campesina de 1967, que produjo una gran movilización social.

De esta manera, las masas rurales rompieron el aislamiento tradicional e ingresaron a la lucha política, desbordando el marco estrecho de la ley. La burguesía agraria recogió el desafío y sobrepasó también la legalidad en la defensa de sus intereses de clase. Así, quedó planteado un conflicto social que se agudizará a contar de 1970, para resolverse negativamente con la contrarrevolución agraria desatada por el golpe militar de 1973.

El gobierno de Frei respondió con la división del movimiento sindical y la represión. La maniobra dirigida a imponer el paralelismo en las organizaciones obreras prosperó en el campo, pero fracasó en la industria. La represión a su vez tuvo macabras expresiones en el mineral de El Salvador, en las calles de Santiago y en Pampa Irigoyen, Puerto Montt, con decenas de muertos y centenares de heridos y presos. Es el preludio dramático del desenlace que tendrá en los años siguientes el proceso de la lucha de clases.

El desafío popular de 1970

En 1970 se inició una experiencia de singular valor para América Latina y, en general, para los pueblos subdesarrollados de todo el mundo. Se trató del intento de promover un proceso socialista a partir de una victoria en las urnas. El movimiento popular había avanzado en medio de las contradicciones interburguesas, las que trataron a su vez de neutralizarlo por la represión y, o por el compromiso. Así surgieron los espacios políticos dentro de los cuales se discutía, bajo ciertas reglas, la participación de los trabajadores en el ingreso nacional y el juego democrático.

Esta larga marcha facilitó la formación de la conciencia social de las masas y trajo consigo importantes conquistas parciales. Son los aspectos positivos. No obstante, esta forma de inserción en la dinámica de la sociedad capitalista produjo su contrapartida, convirtiendo a los trabajadores por largo tiempo en soporte político de una fracción burguesa e inculcándoles una confianza exagerada en la democracia formal. Son los aspectos negativos.

El Partido Socialista accedió con Allende al gobierno como culminación de este proceso democrático, inscrito en una acentuada lucha de clases. La década de los 70 marcará así el vórtice de la crisis del Estado burgués. Durante ella se produjo, en efecto, el mayor ascenso del movimiento popular en el camino hacia el poder, pero la burguesía, apoyada en las fuerzas armadas, instaurará la más brutal dictadura a partir del 11 de septiembre de 1973.

En este último año se derrumbó una etapa en la vida política chilena. Son 50 años de avances democráticos, que se iniciaron con el ascenso de los sectores medios al gobierno en 1920, para compartir su conducción con la antigua clase dirigente, y culminaron con

Las fronteras ideológicas

En los cincuenta años transcurridos desde su fundación, el Partido Socialista ha realizado un extraordinario esfuerzo de creación teórica. Como parte integrante del movimiento revolucionario latinoamericano, recoge las tendencias preexistentes en éste y proyecta orientaciones generales que han sido puestas a prueba, con distintos resultados, en el proceso histórico actual de nuestro subcontinente. Este patrimonio teórico constituye sus fronteras ideológicas que lo diferencian de otros partidos.

Tales fronteras ideológicas representaron la democracia de la sociedad que se pro-

pone construir. En esta concepción general se ha inscrito el Partido Socialista como resultado de un desarrollo de medio siglo, con todas sus contradicciones y desviaciones.

Desde su fundación, ha reconocido al marxismo como método de interpretación de la historia y guía para la acción, como un pensamiento crítico en permanente discusión y enriquecimiento. Asumido en esta forma, el marxismo contiene en su seno los elementos de su propia renovación. El Partido Socialista exhibe, por eso, una vigencia teórica como pocas organizaciones populares de América Latina, siempre atento a recibir todas las renovaciones en su política, métodos de



el ensayo de democracia avanzada puesto en marcha en 1970. En este período, las organizaciones políticas y sindicales de los trabajadores y las masas mismas se sometieron a la institucionalización de sus luchas.

La experiencia de la Unidad Popular demostró que los países capitalistas dependientes cumplen y consolidan sus objetivos democráticos sólo en la medida que avanzan hacia el desarrollo de las tareas socialistas. Esta conclusión supone el abandono definitivo de la línea reformista que subyace en el curso de medio siglo de combate social en el que el proletariado revolucionario no pudo imponerse, de la vieja concepción socialdemócrata que cree posible avanzar hacia el socialismo, sin ruptura, a través de un tránsito pacífico.

sentan nuestra interpretación de la identidad doctrinaria y continuidad histórica del Partido Socialista, de las líneas de pensamiento con que se convirtió en oposición al sistema capitalista y definió una política orientada no sólo a la conquista del gobierno sino también del Estado, a través de una trayectoria comprendida entre la República Socialista de Grove al Gobierno Popular de Allende.

De la manera más breve, procuraremos definirlos.

El desarrollo del proceso revolucionario requiere de una dirección, tanto en la lucha contra el capitalismo, como en el avance hacia el socialismo. Esta es la principal tarea del partido en cuanto vanguardia, debiendo reflejar en sus relaciones internas el carácter

organización, formas de lucha y estilos de trabajo compatibles con su teoría, independientemente de su actual dispersión orgánica.

La lucha por el socialismo supone un proyecto de transformación global de la sociedad, desarrollado a partir de la conquista del poder y de acuerdo a una planificación democrática. En este marco conceptual, la clase trabajadora, que es la mayoría social del país, adopta una política independiente de la política burguesa, superando de este modo la fase en que el movimiento popular se limitó a la crítica de las alternativas capitalistas. Esta es la concepción estratégica del frente de trabajadores.

El proyecto socialista tiene una dimensión nacional. Surge del hecho

de recoger los intereses reales de la mayoría social del país, así como los valores culturales, libertades políticas y derechos humanos acumulados en nuestra historia, como parte de la cruenta lucha del pueblo, para plasmarlos en un proyecto de desarrollo dirigido a sacudir la dominación imperialista y promover la liberación social de los trabajadores. Esta dimensión nacional es, en suma, la incorporación de las masas marginadas a un proceso constitutivo de la nación con una proyección socialista.

Este proyecto se propone también la democratización de toda la sociedad. Para alcanzar tal objetivo se extenderá a todos los chilenos las libertades y derechos incorporados al patrimonio de la humanidad, que están limitados, en el sistema capitalista, más a las leyes que a los hechos, y son privativos de minorías privilegiadas. La democracia alcanzará su completo desarrollo cuando se convierta en la expresión concreta de la edificación socialista, en que se combinen formas de participación directa y representativa en la gestión de la economía y la dirección política.

La fuerza motriz de este proceso revolucionario es un frente de trabajadores, que tiene como núcleo dinámico a la clase obrera, cualesquiera que sean los cambios que se hayan producido en su composición interna y en su relación con otras capas sociales en los últimos años. Por constituir en rigor una alianza de clases, este frente se organiza y funciona a través de formas genuinamente democráticas, condición esencial para ejercer de manera solidaria su función protagónica.

La lucha revolucionaria exige, en general, el empleo de todas las formas eficaces de acción. El golpe militar de 1973 y la dictadura misma han demostrado, si alguna duda subsistía, que la contrarrevolución nunca es pacífica ni legal. La resistencia contra la dictadura de Pinochet, por la misma lógica, requiere de la utilización de distintas

formas en el marco de una estrategia de ruptura insurreccional que tenga a las masas como fuerza propulsora.

El Partido Socialista mantiene, por último, una posición internacionalista y solidaria con las luchas que se desarrollan en otras áreas del mundo y, particularmente, con las de los pueblos de América Latina. La autonomía respecto a todo centro de dirección hegemónico, campos políticos y bloques militares, no representa una política de aislamiento internacional, sino una activa relación de intercambio de ideas y experiencias con los partidos y movimientos afines, sobre la base de una estricta igualdad. Desde su fundación, deslindó su posición respecto al socialismo real y a la socialdemocracia, excluyendo cualquier subordinación a ellos.

Reconstrucción del PS

Actualmente, se plantea la reconstrucción del Partido Socialista como una tarea prioritaria, con la conciencia de que constituye el eje fundamental en la reformulación de la alianza de la izquierda y el reagrupamiento del movimiento popular. Esta reconstrucción —todos lo sabemos— se dará en la lucha, pero también a través de la crítica y la reflexión, en un debate fecundo.

No obstante, hay tres elementos fundamentales, en torno a los cuales deberán pronunciarse y buscar el consenso los militantes socialistas. Primero, los principios básicos que configuran su personalidad singular, contenidos en su Declaración de principios, la Fundamentación teórica del programa de 1947 y los acuerdos de sus congresos. Segundo, la experiencia asimilada en su trayectoria política, la que debe permitir a sus militantes, a través de la crítica y la autocrítica, no incurrir en las desviaciones que explican sus derrotas. Tercero, la formulación de un nuevo proyecto nacional en concor-

dancia con el desarrollo de las relaciones internacionales y los procesos revolucionarios, así como con los cambios producidos en nuestro país.

Para dar consistencia a las iniciativas recientes de unidad, es necesario impulsar una vigorosa acción en la base, hasta culminar en un congreso representativo, en el que se discutan con entera libertad las cuestiones doctrinarias, los problemas de la lucha contra la dictadura y la actualización del proyecto político del partido. Ninguna acción exclusivamente cúpular podrá sustituir el compromiso de los militantes, todavía impotentes por el divisionismo.

En este proceso no se deberá excluir *a priori* a ningún sector o grupo, con la única condición que todos reconozcan los lineamientos teóricos y políticos permanentes aprobados en los congresos partidarios. La exclusión de quienes abandonaron esos principios provendrá del debate mismo, pudiendo así muchos militantes, actualmente estratificados en grupos que han perdido su identidad socialista, incorporarse en esta nueva etapa de lucha.

No debemos olvidar, por último, que el partido que pretendemos reconstruir llegó a representar, en vísperas del golpe militar, a la mitad del movimiento sindical y a casi un cuarto del electorado del país, gracias a la acción de sus 100 mil militantes. Por esta gravitación social y política, hacemos nuestra la observación formulada por Raúl Ampuero, en carta reciente a los compañeros de Milán, en el sentido que "un partido no se construye (o se reconstruye) jamás para sí mismo, sino para servir a la liberación de una clase y con ella, y en nuestro caso, a una nación expoliada y envilecida por el imperialismo y sus sirvientes civiles y militares".

La tarea es, por lo mismo, ardua; pero nadie la hará por nosotros. ❧

EUGENIO MATTE

"Hombre idealista, creía sinceramente en la posibilidad de transformar, de la noche a la mañana, nuestra vida nacional implantando desde el gobierno su *credo socialista*. . . Confiaba en la acción de las fuerzas renovadoras, contenidas hasta entonces por el egoísmo de nuestros dirigentes, y quería utilizar esas fuerzas en beneficio de las clases populares. El pueblo era el objeto de su pasión. Trabajaba para él. Su obra tenía por excusa la sinceridad de sus sentimientos."

Carlos Sáez: *Recuerdos de un soldado*; Ercilla, Santiago de Chile, 1934.